

Posdemocracia

COLIN CROUCH

TAURUS

Madrid, 2005 - 190 págs.

ISBN 84-306-05-49-5

Este es el ejemplo de un libro polémico, que no satisfará plenamente a nadie, pero dará y está dando lugar a comentarios para todos los gustos. Colin Crouch es un representante de lo que creo que podría llamarse laborismo crítico, añorante de la vieja tradición laborista y convencido, a su vez, de que ya no hay vuelta atrás ni posibilidad de recuperación del laborismo tradicional. Basándose en un criterio de democracia como instrumento político para la consecución de la igualdad y dentro de la tradición democrática de que el ejercicio de la libertad requiere la limitación del poder, describe algunos fenómenos del mundo actual que, a su juicio, indican que se está produciendo un cambio de rumbo tan significativo en las democracias avanzadas que puede hablarse ya del tránsito o la transformación de la democracia en posdemocracia.

¿En qué consiste la posdemocracia? ¿Cuáles son sus rasgos distintivos? En primer lugar, hay que matizar que posdemocracia se da característicamente, a su juicio, en las democracias avanzadas. En segundo lugar, el término “posdemocracia” no es una variante neutra, sino que ofrece aspectos especialmente dignos de crítica.

Alerta que esa transformación es peligrosa y nociva para el sistema de derechos y libertades aportados por las democracias modernas. En tercer lugar, el cambio no admite retroceso, sino correcciones. Al señalar los peligros inherentes a esta transformación para aportar los remedios que puedan encauzarla, se encamina este interesante, sugerente y discutible (en el sentido de que merece ser discutido) ensayo que ha llamado la atención de maestros tan significativos como Dahrendorf.

Según Crouch la “posdemocracia” está consolidando el predominio de las fórmulas de la democracia liberal norteamericana, seguramente aportadas en el Reino Unido por el tatcherismo y no afrontadas por la “tercera vía”, caracterizadas por el predominio de los grupos de presión empresariales en la actividad política sobre la sociedad civil compuesta por ciudadanos libres, que no solo han de ser iguales ante la ley sino que aspiran a ser iguales ante el poder. Si no hay participación en la elaboración de la agenda política no hay auténtica democracia. Y no hay auténtica igualdad en la participación mientras haya grandes corporaciones cuya capacidad de

condicionar al ejecutivo y al legislativo sea incomparablemente mayor que las posibilidades del ciudadano de condicionarlo mediante el proceso electoral.

La creciente desigualdad ante el poder es el aspecto más significativo en que la obra de Crouch se detiene para matizar qué entiende por posdemocracia. Él no distingue entre poder político y poder económico. Piensa que el sistema norteamericano de liberalismo de grupos de presión está produciendo una tácita alianza entre ambos tipos de poder, político y económico, cuyo efecto más pernicioso es el condicionamiento del ejecutivo por los grandes grupos de presión empresariales. La esfera concéntrica de la división de poderes liberal se está transformando en una elipse por la intervención política de las corporaciones. Sirviéndose metafóricamente de la imagen de la elipse considera Crough que uno de los rasgos de la posdemocracia es la decadencia o pérdida de influencia de “la clase obrera”, la “creciente impotencia del activismo igualitario”.

Hay otros muchos fenómenos característicos de la posdemocracia como la capacidad de las multinacionales para eludir el control político y a su vez condicionarlo. La opacidad de las relaciones entre los poderes políticos, principalmente el ejecutivo, y las grandes empresas. La debilitación de los sindicatos y el aumento del “poder de las élites corporativas”.

A mi entender, casi todos los rasgos que distinguen a la posdemocracia son ciertos. Más discutible es la actitud que haya de adoptarse ante ellos. Aunque nunca es claro en este punto,

da la sensación de que la crítica de Crouch se refiere sobre todo a la aceptación en la democracia europea de ciertos rasgos de la norteamericana, una democracia, en suma, irremediablemente oligárquica. Sin embargo, no acaba de matizar que los fenómenos que describe son independientes de las actitudes ideológicas representadas por los partidos. Son rasgos que caracterizan posiblemente más a las tradiciones socialdemócratas que a las liberales y conservadores. La presión o alianza entre los ejecutivos socialdemócratas en los sistemas parlamentarios con grupos empresariales y la extensión de corruptelas en la asignación de obras públicas no son una nota más propia de los gobiernos socialdemócratas que de los conservadores. La caída del socialismo francés, la alianza entre grupos mediáticos y el socialismo español, la concentración del predominio mediático y el poder ejecutivo en manos de Berlusconi, el sistema de concesiones gubernamentales a cambio de porcentajes encubiertos, la aparición de “manos limpias” en Italia, indican que no hay un signo ideológico unilateral en la elipse de la posdemocracia. Por otro lado, el arrumbamiento de Al Fatah en Palestina, por no hablar del dominio de los nuevos ejecutivos de Iberoamérica sobre las grandes corporaciones en Venezuela, Argentina o Bolivia, son índices de que la política propiamente dicha actúa a veces de un modo o de otro, bajo vestiduras que de democracia solo tienen la apariencia.

La crítica de Crouch no quita entonces que, sean cuáles sean los cambios que se están produciendo hacia una “posdemocracia” en las sociedades avanzadas, eso no significa que todavía

la democracia formal no sea el instrumento más poderoso de control del poder político, y que allí donde no hay control ni las multinacionales ni los grupos de presión pueden aspirar a otra cosa que a ser socios colaboradores de quien mande.

Los síntomas oligárquicos que facilitan la “corrupción” del sistema, son posiblemente inherentes a la esencia misma del poder político, e independientes de quien lo administre, como ya pronosticó el liberal lord Acton. En ese sentido, no parece que haya mucha diferencia a favor de un sistema norteamericano de grupos de presión que actúan de modo manifiesto o un sistema más europeo en que las alianzas entre el ejecu-

tivo y las grandes empresas aparecen encubiertas por la falta de transparencia o la transacción oculta entre empresas informativas y partidos políticos. La tácita pretensión de que la democracia sirva de instrumento de transformación social al servicio de la igualdad no deja de ser, hoy como ayer, una fatua pretensión allí donde el propio poder del gobierno representativo no deja de representar, más si procede la cooptación interna, la estructura oligárquica de los propios partidos políticos.

Luis Núñez Ladevéze
Universidad CEU San Pablo
Madrid